

Criaturas finitas y contables

Jorge Ángel Hernández

Ediciones Unión
Colección: La rueda dentada

Edición: Roberto Manzano
Diseño de cubierta: Raúl Valdés González (***Raupa***)
Ilustración de cubierta: F. Antonio Betancourt, *Fábula infantil*
Diagramación: Beatriz Pérez Rodríguez
Impresión: Editorial Linotipia Bolívar y Cía. S. en C. Bogotá, D.
C. Colombia

@ Jorge Ángel Hernández Pérez, 2006
@ Sobre esta edición: Ediciones UNIÓN, 2006

ISBN: 959-209-735-6

Ediciones UNIÓN
Unión de Escritores y Artistas de Cuba
Calle 17 nº. 354 e/ G y H, El Vedado, Ciudad de La Habana

La poesía que el lector tiene en sus manos se caracteriza por abordar con fuerza expresiva los problemas de nuestra inmediatez social, pero siempre desde los ángulos inmovibles de la esencialidad humana. Una elocuente fluidez de pensamiento, y el cambiante vigor de los registros emocionales, proporcionan amenidad en la recepción de los textos.

La trama cotidiana no está lejos en la superficie más visible de los poemas, pero debajo corre, como un oscuro manto freático, una cosmovisión del hombre nutrida de los ejemplos más altos de la cultura. Conocedor de las pautas, también el poeta sabe desbridar la expresión y alcanzar versículos de prolongada cadencia.

En el actual coro de la poesía cubana, su poesía exhibe un timbre propio, de sostenido despliegue personal. Muchos puntos de vista estéticos aquí se amalgaman y encuentran un foco de expresión singular y unitiva, que no teme los acarrees desde la prosa, pero que conserva con fuerza la identidad lírica.

*Si perdonamos a Dios su crimen contra nosotros,
que consiste en habernos hecho criaturas finitas,
Él nos perdonará también nuestro crimen contra ÉL,
que consiste en ser criaturas finitas.*

Simone Weil

TIERRA DE NADIE

Obsesiones, manías
que otra vez se levantan a mirarme.
Han pasado los años y aun escribo
de las mismas pasiones y carencias.
Sé un poco más de todo
que es saber menos, como todos sabemos;
pero la ruta es ancha y demorada
en esta tierra de nadie que he elegido.

Elegir es un arte
que apresamos
para que nunca sospechen,
para que apenas se advierta que atrapamos
aquello que nos dan
a viva fuerza.
Los años de escritura
no profesan la fe del calendario.

Manías y obsesiones
atrapadas, por siempre,
ante el espejo.

I

ESPÁMBAR

*Veo debajo del cabello a una mujer y debajo de la mujer
a una rosa y debajo de la rosa a un insecto.
Voy de alucinación en alucinación como llevado
por los pies del tiempo.*

Gastón Baquero

DESNUDOS

Dormiremos desnudos,
a la sombra del frío que nos vuelve
criaturas finitas
y contables.
En la noche, tu cuerpo
ganará la batalla a los caminos
que no pude brindar
siquiera a plazos.
Es triste y de mal gusto
lamentarse
de haber sido incapaz a toda costa;
es una forma vulgar
de sorprender la lástima,
de asirla en sus pesados bordes.
Qué importa el riesgo:
dormiremos desnudos
a la sombra del mundo que nos barre
a la vez que nos cuenta
como un número más en su infinito.

LAMENTACIONES

Qué suerte la de aquel que viaja al mundo
siquiera silencioso de un pueblito
extranjero, arisco entre los mapas
que jamás añoramos, que no vimos
si no después que todo fue una sombra.
Una mujer lo acoge, le da abrigo,
lo descubre en las noches de su sueño
y hasta le pare, satisfecha, un hijo.
Qué bien si al visitarnos lo acompaña
la moneda feliz que no pudimos,
los objetos que viven más allá
y esos versos que acaso ya han perdido
el desorden primero de las cosas.
Qué suerte la de aquel que rompe, vivo,
el ecumene atroz, y despedaza
la inefable frontera de este sitio.
Qué bien que nos regale un trago,
una etiqueta fría, un amasijo
de alimentos para una buena noche.
A quién importa que al mirar, altivo
como un antropólogo, nos desdeñe
por siempre; nos observe como a mitos
lejanos; a quién importa. Qué suerte
la del hombre perdido de sí mismo
regresando a decirnos que del mundo
puede brotar el manantial de un sitio
más chico que París, un pueblo gris,
madre, y otra vez gris, y otra, nimio,
verdad, pero sin mapa de estrechez.
Qué suerte la de aquel que ha conseguido
alguna vez ser polizón del mundo.

CONVERSACIÓN CON EL ÚLTIMO TURISTA

Esta muchacha no es,
no lo supongas,
una flor,
silvestre en las resacas del neón y los autos.
Sus manos
fueron duras ayer
mientras se hundían en los raudos menhires
que horadaban sus noches,
sus tardes de estudiante
dispuesta a no aburrirse.
Sus dedos, es verdad,
fueron pétalos amplios al pie de tus sudores
y su boca un espejo de corolas abiertas.
Pero no es, a fin de cuentas, una flor;
aunque el viento le suba por la sed de sus ramas
y la nostalgia de un futuro soñado e improbable
se detenga en la sombra de sus curvas
a denostar
las malas incidencias de la vida industrial
y el desarrollo.
No es,
aunque tus buenas gestiones lo supongan,
un gajo parpadeando en la humedad del susto
ni,
siquiera,
el tallo que una vez arrancamos a punto de un regalo.
Esta muchacha socorre sus vestigios
bajo una infiel metamorfosis,
alucinante en los descargos de esos mitos que usurpa
para que usted los colecte y los exhiba
allá en sus emociones,
allá en sus desesperos,
allá en sus inclementes jornadas cotidianas.
Esta muchacha no es, en realidad,
una flor
embrujada sin prisa en el asfalto del trópico,
deslizándose apenas tras el arduo rocío
que usted le va hermoseando.
Ella sabe,

supóngalo al dedillo,
que es una obrera más
tascando paso a paso la fe de su jornal;
que labora en las márgenes del alma cotidiana
para acercarse algo más a ser feliz.
No vende su existencia,
ni su amor —hechizado o pragmático, no importa—,
ni su pobre moral o su conducta;
ella vende su libre condición de fuerza de trabajo,
su magia elemental,
su habilidad
adquirida en los días de no aburrirse.
Ella no es,
no lo supongas,
una flor
plantada en la soberbia de tus sueños;
y usted,
por consiguiente,
no debe presumirse un jardinero.

LA JINETERA

Hemos venido a renacer junto a la luz y el humo.
Bajo los autos ingentes
la soledad se pliega al esplendor.
La belleza nos grita que ya no habrá futuro,
que el presente es un monstruo,
veloz y retorcido,
un lúcido artefacto
de los más vivos efectos especiales.
Haremos nuestro pan con la materia del cuerpo.
Ya no importa la brisa
ni las noches
ni la emoción de aquel que nos desprecia.
Nuestra senda se acuna en la vigilia,
en el orgullo,
en la fe de no ver que hay un abismo.
No hay soledad
si mañana dispongo de otros dones,
si nadie en realidad me ha despreciado,
si cada noche renazco en la virtud del cuerpo.
Hemos venido a crecer junto a la noche,
a saber que nos aman,
limpiamente,
pues no somos de lujo
sino única,
exclusivamente hermosas, instruidas,
casaderas ingenuas,
guerrilleras del tiempo y de la luz.
Nuestra vanguardia ha cundido los hoteles,
ha traspasado las filas enemigas (del dólar y el mercado).
No hay soledad en nuestros ojos.
La victoria nos sigue a todas partes,
a Trieste o a Madrid,
a Murcia o a Estocolmo.
Hemos venido a renacer:
nadie lo advierte.

VARIACIÓN CON BUSCALUZ

No sé si el Buscaluz lleva la sombra
colgada de su espalda, como un Cristo;
no sé si busca aún o si Mefisto
ha pactado la ausencia que lo nombra.

Difícil es buscar la luz a tientas
y lanzarse al abismo sin país.
Difícil es asirse a la raíz
que amarga en su no-ser tan pobres cuentas.

Perdido va en su huella, ajado y sucio,
mitómano hasta el filo de orgía,
sin saber que es ya sed de la Utopía.

Puede ser que aun cabalgue sobre el lucio
de Sancho o del Mesías; nadie advierte
que quien busca la luz sigue a la muerte.

AMENAZAS

He sentido el rigor de una amenaza y he desmentido con hábil subterfugio los credos entusiastas, las verdades terribles que eran mías allí en mi soledad.

Una amenaza es la fuente de grandes paradigmas.

Una amenaza es la fe de sostener exhaustos dogmas. Cortararla, es poder frecuentar la Gran Historia; vivir la más añorada dimensión. Dominarla, es el rayo de Júpiter tronante, el incendio de Dios.

Una amenaza en el puño y bien segura.

Evadirla, es astucia de tonto, un acta que suscribe que nadie, bajo el dominio mordaz de una amenaza, emprenderá felizmente su fuga del castillo de Iff.

VOLUMEN DE EXISTENCIA

Un hombre y una mujer se unen para engañar la vida.

Un hombre y una mujer que en otras circunstancias no se hubieran unido, deciden concertar un matrimonio que detenga el embate de la pulcra moral de sus familias. Y ese hombre y esa mujer no se quejan del mundo: son libres allá en su intimidad. Ella sabe que en las noches de ron y de tormenta es un joven marino fracasado, hundido para siempre en la quietud del mar, y él se vuelve un rosario de caricias tan suaves que derrotan de envidia a todas las princesas con manos de plumón.

En una y otra noche se aman sin pensar en los disfraces. Se miran como son. Reconocen sus cuerpos convencidos de que todo está allí, sobre la cama (o el butacón o la alfombra, vaya a saber qué otras manías los secundan) y fecundan un hijo, seguros de que nadie ha engañado mejor la pulcra vida. Como burla es tan seria que otorgan a su hijo una crianza con viriles amigos y hermosas compañeras, poderosos consejos y un hermano.

Un hombre y una mujer que engañan a la vida van juntos a la iglesia y alzan la frente en asambleas obreras donde se eligen los méritos y pesan tanto los recursos morales. Puede ser que sus hijos no probaran el agua del bautizo y que al gritar las consignas resistieran la sombra del perjurio. Es difícil urdir el engaño perfecto; un hombre y una mujer tan solos en el mundo no pueden advertir cada detalle.

Pero vuelven, con el rostro feliz, de cada ronda. Y el marino que sabe el color de la pasión y la princesa más débil y más tierna apenas reconocen su leyenda, apenas hurgan en el sueño veloz de su pasado. Reuniones de amigos, días feriados y pascuas, adquieren el matiz de una carrera ganada a la estación más bella, de un trofeo que rige el cristal de la vitrina. Sus hijos son mayores con tanta pulcritud, que en las horas de cauta reflexión impugnan a los sueños sus antiguas nostalgias y miran a la vida tras la arrogante bondad con que se alumbra a los vencidos.

Unidos aun para engañar la vida, no se quejan del mundo, que ha trazado caminos que no hubieran seguido en otras circunstancias y ha enseñado, con austera y rotunda moraleja, que romper una lanza no conduce a ganar toda la guerra. No les importa ya engañar a la muerte; más bien la reconocen, y la llaman en sueños que no recordarán al despertar: un marinero frustrado que emerge

en el rompiente y una princesa más tierna que la seda, más amante que un dios.

BALADA DEL CUENTAPROPISTA

Estúpidos estudios superiores que me hicieron inferior

Luis Rogelio Noguerras

Cuando en las tardes-noches,
en las que se hunde el crepúsculo
como un tapiz chinesco
y la memoria busca los bordes del grabado
para que vuelva el cansancio a la otra faz del mundo,
al fin libre de multas e inspecciones
—el crepúsculo y yo, que se comprenda—
cuento de prisa los billetes de banco
y sé
que en mi mesa habrá ciertas proteínas
y en mi baño un olor reconfortante
y una gracia en los ojos de mis hijas
y en la sed de mi esposa,
no comprendo por qué
durante tantas y tantas madrugadas
reproché al verso su falta de aptitudes
mientras lo hacía revolcarse en la próxima violencia.
Y a ciencia cierta no sé
por qué (a ciencia cierta)
cuando penetro en la mañana,
en la que el sol se desplaza
como un ejército ruso
secretamente bordado en un tapiz,
mis trabajadas y pulcras mercancías se estremecen
como si apenas polvo,
indumentarias de plenas fantasías,
fueran allí en su precario entarimado.
No comprendo por qué en los mediodías,
cuando el sol se detiene a recorrer la piel
como un espía social inveterado,
mal guardo impulsos de mercar al cliente
por un fajo de inútiles novelas.
No lo comprendo a ciencia cierta;
pero en las tardes-noches,
cuando los sucios billetes
trazan leves figuras en mis manos,

voy trizando mis dudas en secreto,
voy moliendo sus uñas y sus garras
y, si el tiempo alcanza,
adelanto el espacio vigente del hogar
y llevo a los sufridos librereros de segunda
los cajones de libros vergonzantes.

ANQUISES, EL POETA.

El viejo Anquises, sosegado y triste, se descuelga de un susto hacia la piel del mundo. Como un niño que sube a la montaña rusa escucha el eco veloz de las fanfarrias y desconoce el hemisferio cruel de su agonía, la efímera existencia de los actos de gloria y homenaje. Puede llorar, con la emoción en vilo, y hasta olvidar los días en que salió a gritar sus escarceos profundos con la diosa. Cómo borra en la sombra las noches de bordar en el odio seductor las torpes aventuras de aquellos que han padecido el susto en la montaña rusa. En sus versos, el universo parece haber vivido en calma, seguro hacia el camino alto, hacia los cerros del dios que se dibuja.

Proclamaré para siempre tu nombre entre nosotros, prometió, y la diosa, por fin, se refugió en sus manos de mortal, escapó de las arduas restricciones y descuidó el momento elemental de la fecundación. Qué feliz era Anquises, el poeta, hermoso como Flebas, guerrero, comensal de las lunas relucientes y del polvo angustioso de Neruda. Qué feliz era el nombre de la diosa en su virtud. Qué tristes las historias de los hombres que no la secundaban.

No se devuelve el pasado, proclaman los testigos, pues la furia de Anquises labró también la huella hacia el futuro. Los que recuerdan al joven justiciero, al guardián extremista, también hoy sueñan con borrar, en la vertiginosa luz de la montaña rusa, la ignominia que una vez el poeta les prendó. Sosegado y triste, condenado a advertir solo timbres ligeros y penumbras que horadan la sed de su memoria, el viejo Anquises apenas se deslumbra, apenas vierte los magros jugos que salvan la venganza, mientras su carro se pierde en el vacío.

ACASO CUANDO NADIE

Acaso cuando nadie
comparaba tus manos
con un sauce pequeño y atrevido,
veloz entre las márgenes difusas,
yo demoré el vaivén de tus alientos
y saqué de tus cuerpos sin vendimia
la humedad que hoy se brinda al vencedor.
No es que lleve a la plaza esas derrotas
ni que llore de lástima y suburbio.
Sólo a veces,
acaso cuando nadie se atreve a protegerme,
desconozco las cabales fronteras
y me embriago
de haber salvado del hambre inadvertida
los humores secretos de tu cuerpo.

CONSTRUYAN UN TEMPLO INMARCESIBLE

Cuando la rata se desplaza rauda
de la pared al fondo, y la amenaza
de morir en su orina se levanta,
tu voz se vuelve tristemente sola,
arden tus ojos en la pobre sombra
y es febril la miseria de las cosas.
Miraremos de nuevo a nuestros ojos,
al miedo oculto de perder el rostro
bajo la muerte lenta de los odios.
Cuando la rata vuelva a despertarnos
con su bregar constante, y apurado
nuestro grito se rompa en el orgasmo,
será tu voz la sombra de una casa
que no vimos ayer, aunque mañana
otro día será; será otra nada
que no supe elegir para tus ojos,
vergonzosa también, después de todo,
otra nada más amplia en nuestros hombros.

LAS MALVAS EN EL PATIO

Acaso castigadas por el viento reseco de las tardes,
entre sus láminas mustias,
han florecido las malvas en el patio.
Es el tiempo, me digo,
sin advertir que repito palabras de otro legendario,
alguien que pudo refugiarse
entre sus hojas de blanco irresistible
para llegar a este sitio
dispuesto a abanderar la nueva soledad.
Mientras,
el olor de las fosas se escurre entre las páginas,
sacudidas a veces por el viento, resguardo de los árboles,
del libro en que mis ojos se resecan.
Es el Ciclo, me animo;
pero el Ciclo de cuál sustentación,
el fluir de qué rumbos,
de qué insulsa contienda
arrancada a esa tierra donde acopio
el proyecto perenne de una casa.
Sólo esos trenes de infernal gobierno
secundan la primera esperanza,
arrastran al descuido
la soberbia de los días normales y gloriosos.
Aun yace entre las hojas mordidas
el cuerpo de la bella culebra
cortado en leyendas desiguales a golpe de machete;
y aun, como sedientas,
las espirales del follaje penetran el lindero
protegiendo el herrumbre de sus púas.
Son objetos,
precarios, ejércitos
censados por la hipnosis secreta
de esos libros de préstamos veloces.
Con manos una y otra vez hendidas
por las hierbas que reptan sobre el patio
voy fundando emociones y conceptos,
teorías que apenas me adivinan.
Como si nada asistiera al peligro de cuaresmal
a esos rasgos

que penetran las filas de versos casi nimios,
me detengo a fundar
la soledad de esas noches de huir sobre mis pasos.
No es la vida;
he de enfrentarme a su espejo irreversible,
he de mirarla al vacío feliz de sus pupilas.
Ninguno de esos viles objetos
que transformo en palabras inseguras y lentas,
en sombreros del viento reseco entre las tardes,
es un día de universo,
una salva
en el cuenco solemne de los ojos del tiempo.
Sólo esos trenes fatales que rugen
devorando cuadrillas de manos que van a alimentarlos
reconocen la norma elemental que nos seduce
como ciegos profetas,
como andróginos siervos;
sólo el rugido que estremece la sombra de ampararnos
ausculta las efímeras páginas de blanco irresistible
y cifra en los senderos inefables del cosmos
la burla que nos vence.

POIESIS COTIDIANA

I. *Orden del día (mirando a Parra, Nicanor; o a Dalton, Roque)*

- 1º. El canto de los gallos trunca el sueño feliz de las mañanas.
- 2º. El hedor de los cerdos del vecino quebranta mis sentidos.
- 3º. Mi piel se deshace tras la alergia del sol y sus calores.
- 4º. Los parásitos roen mi interior con esmero de hormigas laboriosas.

II. *Discusión (de entraña mallarmeana)*

la vida es dura y
tú pero yo
no sé cómo aunque ya
si todo fuera

III. *Acuerdos (hinchidos de semiosis)*

- 1º. Maldecir a los cerdos del vecino, al canto de los gallos, al clima del país y a los parásitos hoscos que roen las entrañas de todo el Universo.
- 2º. No perder nunca el ritmo sutil de las estrellas para una bella constancia de insultos y reproches.
- 3º. Dejar estrictamente claro que recomerse los hígados es apenas metáfora, insana reacción para impotentes.

IV. *Conclusiones (birlando, desdeñosamente, a Nietzsche)*

Somos hijos de la mejor situación de las opciones posibles, en esta humana, profundamente humana bondad de la existencia.

TRENES EN LA NOCHE

Cuando en la noche los trenes se levantan
desde sus rieles al fondo de tus piernas
y las hendidias pueblan
con destellos febriles la sombra de tus pechos,
el mundo,
desesperado ante el rostro de la verde luna,
detiene un breve instante su núbil rotación.
No lo miramos,
no decimos ¿Qué tal? ¿Quiere sentarse?
acaso ver
cuántas goteras sumamos ya de pronto.
No advertimos siquiera
que el bregar de los trenes en la noche
atisba en su desdén nuestros jadeos,
nuestras gargantas
cortadas por palabras de obscena oscuridad,
sin predecir cuánto silencio tendrán para burlarnos.
Sólo después,
ante el umbral del cansancio,
sospechamos que el vibrar de las tablas carcomidas
nos grita una venganza,
nos devuelve al olvido,
nos impone su cruel apocalipsis,
todo,
como una dulce y demorada nana,
como un arrullo que el sueño al fin devora.

PARA EL TIEMPO, LA ESCRITURA

Cuando los trenes vuelvan a fundar
sus ciudades de tránsito y usura,
sus vapores, sus lunas, su tristura,
su denuncia inefable y su viajar;

cuando los trenes vuelvan a acampar
bajo herrumbres que se alzan a tu hondura,
cesará, para el tiempo, la escritura
que promete una vez recomenzar.

Al fin de sus miserias tascaremos
los olvidos secretos, la porfía
entre el tiempo y el viaje que no vemos.

No digas: ¡Sufre! No repitas: ¡Huye!
No amances con palabras la ordalía
que desnuda tu cuerpo y lo destruye.

HORNO DIVINO

Dan ganas de quedar para siempre en el horno divino de tus piernas; de perder el camino que suspende en sus miedos las glorias y los puentes. Tú no serás la rosa de la rosa de la rosa... pero el tiempo me obliga a detenerme; la circunstancia que en ti vierte sus ansias se demora entre juegos de promesas, y se asusta además cuando la lluvia arrastra a los pantanos la pobre inmensidad de un par de versos.

Dan ganas de no ver el futuro si tus ojos se llenan de temor y de espanto, si comprendemos que la palabra pared no es la pared, y que el techo en que va a refugiarse este poema no sabe detener los temporales. No seremos los dueños del futuro, lo comprendo; cuando mas, usufructuarios tenaces que lloran y corrompen la ingencia del diluvio, inquilinos que habrán de sostenerse sin saber si Noé los ha elegido.

Dan ganas de quedar para siempre en tus semanas desnudas. No dejes, por favor, que yo mismo levante mi derrota, y la dé como gloria, como feliz ocasión de salvamento.

NOCHE DE TU CUERPO

Ha llovido en la noche
silenciosa de tu cuerpo desnudo.
Las márgenes del sueño florecieron
más allá de los tilos,
más acá del insomnio elemental.

¿A quién importa el odio
que en el sueño de amarnos nos inventa?
¿A quién le dice adiós un rostro ajado
por el esfuerzo perenne de escapar al tedio?
¿A quién leerán hoy,
bajo este vendaval de charcos sucios,
un poema de rumbos inconstantes,
de palabras que el tiempo atroz devora?

Las voces de los astros se confunden
con las risas de ebrios transeúntes
que han olvidado la llaga inmemorial de sus conquistas
y tal vez imaginan el rostro del placer.
Llueve en la noche del patio,
en los hastiados desagües,
en los oscuros dominios de las ratas.
El viento se desliza por las gotas hirientes
como un fantasma perdido,
insatisfecho,
aturdido entre las olas del neón.
Acaso sea la lluvia,
acaso los perfiles borrosos de tus pechos
o el sabor de tus dedos
que vienen del abismo de cobre y humedad,
pero el viento estremece la virtud de la ausencia
y sacude los copos
de mis manos perdidas de sí mismas.
Cada racha de vívida humedad
sostiene el estertor de tus ojos complacidos
reproduce tu imagen, demorándola,
ululando
sobre la rama divina y protegida.

Alguien se descuelga hoy de su cuerpo,
para siempre se pierde de su espejo de lágrimas.
Alguien sacude hoy los conjuros
que aprisionan su norma en el retrato.
Una alarma destruye los reinos del silencio,
los dominios que el recuerdo hermosea y perfecciona.

Volverá el grito.
Cuando las gotas sean leves y acalladas
retumbarán las soberbias,
las manchas sucursales del reproche.
Soy un pobre poeta envilecido,
un egoísta que siega tus suertes y tus lunas,
un domador de insulsas profecías.
Ah, violencia del tiempo tropical.
Las rachas vuelven,
pujan con fuerza en las ventanas carcomidas,
estremecen el alma de la noche pequeña y acerada.
Así tu cuerpo brota desnudo entre los tiestos,
oh, maligna,
empuñando el acero de cocina,
salvando a toda costa el humo del café,
el mantel siempre límpido
y el girasol que se arruga
cuando el eco del grito se diluye.

Llueve, por fin,
como si el diluvio no fuese natural.
Pueden mis labios saciarse de la sed de tu origen,
revivir la impiedad desesperante.
Al menos yo
tengo la suerte de sentir
que la lluvia penetra al interior de la casa;
al menos puedo elegir el mejor rito
y hacerlo resbalar
sobre la alquimia de un nuevo documento.
No me despido de nada ni de nadie.
No supongo que tu cuerpo desnudo
se derrumbe en la noche solitaria.
Sólo temo que allá,
donde la lluvia será acaso un sonido alejado y pasajero,

donde la llaga del viento
no se ensañe
con las olas
del neón que se pega a tus manos casi inermes,
se borre en un instante
el olor ya diezmado de mi pecho.

II

RELACIONES DE OSAIDA

Y tú no estás, ya nadie te recuerda el cuerpo ni la sombra

Gastón Baquero

I

Tú eras la imagen del humo sobre la huella de la tarde,
dispuesta a sonreír con mi silencio,
ofrecida,
hurtada al cuerpo del azar.
Tú sabías cómo sonríen las muchachas que van a suceder,
cómo se entregan al tiempo de halagarlas.
Rota sus bordes,
la falsa en soledad escapaba en el polvo de las calles.
Sabías cómo surgir,
cómo llegar contra el bullicio.
Cada huella alcanzaba tu leve sobresalto.
Eras la imagen del humo sobre el gesto,
como quien no ha sospechado que vuelve a la sonrisa,
como quien urde su entrega sin saberlo.
Eras la imagen, el humo, las huellas y la tarde.
Rostro de azar sobre el ardid,
insulso juego de muchachas que fingen detenerse.

II

Nunca supe volver desde el insomnio;
era el andante,
el lindo acatador de chistes y alusiones.
Había roto el espejo siempre justo
y emprendía con aires de conquista la voz de las andanzas.
Imagen de la risa sobre el humo del tiempo,
y tú la vigilabas,
seguías su rumbo tonto,
aceptabas sus bordes con amplio regocijo.
La falsa soledad me hacía vagar como si el miedo.
Quién sabe cómo hubiéramos gritado,
cómo sabríamos buscarnos a lo largo de torpes desencuentros.
Serías la relación,
el viejo acontecer del erotismo,
el susto;
serías el cuerpo mordido por la bondad ocasional.

Quién sabe cómo
si hubiera sucedido en la manera en que tú desesperabas.

III

Esta es la zona de elogio
para aquella que supo reencontrarnos.
El vasto campo de la gratitud para sus tretas.
No importa si después cortó el impulso,
si urdió sus reverencias para sajar la destemplanza.
Ella supo ensañarse con tantas diferencias,
cocer el hambre,
trenzar la suspicacia,
apurarnos,
sobre la imagen del humo en el cuerpo del ardid.

IV

Pero quise extender mi soledad sobre tu cuerpo,
demorar la emboscada.
No era yo quien armaba posiciones;
no era el hábil,
el diestro usurpador de hermosos labios.
Sólo tú acordabas los espacios,
decidías.
Ah, torpe,
seguro encantador de muchachas de suertes.
Era tan fácil.
Cómo escribir después,
cómo enredar al tacto de una línea de verso
el sabor escolar de mi torpeza
si escapaba del curso familiar
y cruzaba los campos
creyendo que la vida saldaba a mi favor.
Quise extender mi soledad,
demorarte,
y tracé el laberinto en que mis manos se hubieran debatido,
y dibujé la encrucijada en que mis ojos se hubieran agostado,
y hablé del hilo

y te ofrecí la voz del carretel
para que tú misma ayudaras a arrancarme las trampas,
para poder extender mi soledad sobre tu cuerpo.

V

—Extraño,
has detenido el silencio debajo de tus pasos
y arriesgas tu inquietud sobre mi altura.
Nadie ha pedido que augures tus estancias,
nadie que guardes los naipes y el espacio.
No espero viejas promesas ni episodios,
reposiciones de historias que nadie necesita.
Es cierto:
hechizan las ideas,
seguir la pista a tantas invenciones.
Nunca he sabido escoger a los juglares por su rostro,
no sé quién me domina,
quién abre el mundo y lo bifurca ante mis ojos.
Sólo escucho,
copio el sabor de tus historias.
Nunca he sabido acudir al juglar por su misterio;
no he sabido quién es.
La poesía es el opio
de las muchachas que nunca han conocido un buen poema.
Extraño,
no sé por qué detienes tu inquietud y me sorprendes;
sólo copio la herencia de tus conversaciones
y escucho.

VI

Escucha:
la lluvia es un pentagrama inmenso y débil.
No respires, no hables,
no dejes que esta lluvia escape
y rompa los presagios que amarramos;
deja que inunde este silencio
—breve como lo triste de tus ojos—
para tenerla después rasgando el tiempo en un papel;
déjala y escucha,

escucha cómo tiembla en nuestros cuerpos,
cómo aviva ese deseo de mi escondido a empellones en las calles.

Escucha:

cada vez es menos lo que llueve,
cada vez es más lo que respiras.

VII

Todo se vierte aquí, contra tu pecho.
Desde tu vientre, sí, todo se quiebra.
Todo se rompe ya contra tu cuerpo.

VIII

Está bien que lo digas:
en ti aprendí a sorber la eternidad del sexo,
en ti aprendí a morir mientras el mundo,
ahogado por la rabia,
nos miraba a través de las hendidias.

IX

Pero

X

—Has querido bordar tus ataduras
y acaso lo has logrado,
pero yo envidio el rastro de aquellas que van a divertirse.
Es cierto,
jamás hubiera conocido un ápice del mundo,
su virtual sensación de eternidad
ni morir cada vez y renacer en la impiedad del sexo.
No han sido simples ataduras.
Envidio siempre la sed de las muchachas que van al carnaval
y el corazón de las que huyen felices en las noches.
Es mi brecha hacia el mundo,
la existencia vital a donde escapo.
Extraño,

poeta a quien regalo mi sueldo: su salario,
es la presencia,
que sólo en ti se puede alimentar.

XIII

No sé como se escapan, en la selva nocturna,
las sombras relucientes que tú secundarías;
apenas he sentido el espejo de la lluvia,
ni siquiera la ausencia,
pero quiero contarte aquella historia.

(—Extraño,
a pesar de las lunas en mi pecho,
de tus ojos de niño abandonado,
tus historias me asustan y me aduermen,
me devuelven al pánico a mirarme.)

XIV

Las muchachas más lindas que tú me desconciertan,
me hacen tragar sandeces,
me dejan como tonto detrás de sus colores.
Ellas cruzan
llenando la ciudad bajo sus shorts.
Quieren vender los parques por un set de sus pechos,
por un giro de luz por un buen rostro.
Yo quisiera alcanzarte,
tender los ojos tan solo algún momento,
saber que haces la contra:
algunos fuegos dulces de aquellos que tú llevas de noche
prendidos en el vientre
a no dejar que lllore,
a no saber si caigo
o estoy armando trampas y próximas batallas;
algunos fuegos dulces, o fatuos, qué más da,
y ya estaré dormido,
y ya estaré
haciéndome que duermo

para no dar al traste con los ojos tan lindos de esas niñas.
No voy a estar la vida robándome sus labios,
mil veces lo he mentado,
lo ha sabido mil veces, pulpa triste.
Ellas se cambian por un set de sus pechos solamente
y tú bordas los fuegos que me amparan.
No tengo más para atajar su arena:
se irán, sin más, esas muchachas lindas.

XV

Tal vez supimos cuándo sajamos el tiempo del silencio,
cuándo abarcamos la oquedad
y recogimos el milagro,
tal vez;
pero el silencio acudía
y yo intentaba dictar a mis versículos el tiempo de callar.
Los dictadores nunca suponen la fuerza del silencio,
el mundo sutil de quien se calla,
su voz abierta y fácil de acatar.
Los dictadores le temen al silencio
y dictan su impiedad como un adicto.
Lo sabemos:
el silencio es el opio de los más diestros dictadores.
¿Por qué salvarlo entonces;
por qué,
si él acudía
y podíamos romperle sus narices,
escupir en su rostro,
hincharle su mirada.
Nunca supimos cómo sajamos el tiempo del silencio,
acaso no lo vimos marcharse amoratado,
ni hemos sabido nunca
si alguna vez regresará para aplastarnos.

XVI

Es cierto que en el patio llueve
y tú dejas atrás los cobertizos,

las medias añoranzas que tardan mis encargos.
El agua se llevaba la soledad de todo el barrio,
haciéndola correr,
desbaratándola,
monedillas de amianto bailándote en el pecho.
Lloviera siempre si fuera a retratarme,
si escuchara a mi amiga que solo sabe hacer fotos en pose
y mintiera diciendo que es la otra,
la tremenda, que a veces me regala mi rostro como un ángel.
Lloviera siempre amenazando con no hacerte,
con descubrir que las barajas son todo el delantal de lujo,
los primeros guiones donde no me regresan ni un impulso.
No puede ser que escampe todo el año,
que tenga que arrendar,
que distender el rostro como un salvoconducto:
ligero precipicio en que me elogian todos.
Si fuera Andrómaca esta vuelta en que nos vamos,
tus ojos como un salto detrás del corazón.
Si escapara a la gloria,
la armadura brillando desde el muro
y la ciudad sitiada arrancándose el dios bajo los carros,
suficiente disturbio para hacer que te mojes sobre el patio
mientras copio la ciudad destartada,
prometo ir a salvarla,
aunque sepa que pronto han de arrastrarme como a un héroe.
Así tú me llorabas,
me apretaras los ojos, entrega elemental del miedo,
y se perdieran los cascos, los penachos,
los testigos sufridos por las naves que ardieron en la costa.
Si pudiera llover cuando termino,
desmentir advertencias,
nudos corredizos que yo mismo abulté junto al peligro
(manera de evitarlo,
poder de desmentirse cuando están ya a punto
de quemar el carro.)
Si no he tenido el cierre aun, hacer la lluvia,
purgar un nuevo son en los goznes eternos de Vallejo;
hincarme las manos con la cerca
levantada por las manos pacientes del vecino, inservible
límite exacto donde tú me despides como bueno.
Si fuera Andrómaca esta vuelta en que nos vamos,

qué lindo yo cuando mi madre abriera,
qué despojo tan cuerdo, qué sentencia, qué descarga
en los ojos de mí mismo cuando traigan el cuerpo.
Es cierto que ha llovido,
que puse ya los nylons, sanguijuelas mordiendo las hendidias,
pero es tanto el trabajo, la penumbra,
las lloviznas endebles que he tenido que armar bajo mi fuelle
—el fuelle aquél que le robé a Longfellow
aparecido después como legítimo.
Es cierto que ha llovido lentísimo en el patio,
tú asomando,
saliendo hasta ti misma, poder de hacerme inútil.
Si fuera Andrómaca siluetas desmentidas,
qué rozaduras dejaría en tu cuerpo,
qué larguísimo el tiempo hasta la muerte
—la de morir en ti, sobreencajado.
Es cierto que en el patio llueve,
que sigues reprochando la humedad del cobertizo
mientras sirvo delicias por encargo.

XVII

Desde el fondo de ti, como quien huye,
un niño torpe como yo miraba.
No lo quisimos
o acaso nunca logramos dibujarlo;
seguíamos dictando soledades,
sospechando quizás que éramos héroes.
Para que nada nos atara.
Para que nada cortara tu abandono,
tu perenne posibilidad de fuga.
Por esa vida que no ardió en sus manos
volveré a desgarrar las manos mías,
a soportar la humedad de los oficios,
a trazar campos de oquedad sobre el poema,
aunque a veces mis ojos se encanten en tus ojos
y el amor se desgarre a la deriva de todos los presagios.
No lo quisimos.
O acaso nunca supimos si quererlo.
¿Quién sabe atreverse a deponer su imperio,

quién renuncia al gobierno ganado en buen haber?
Éramos héroes,
seguros de saber cómo se dictan las mejores soledades
o cómo entristecer sobre la pátina de inmensas ovaciones.
Era tan fácil gobernar el olvido,
abrir el corazón a los linderos.
Todo era exacto,
aunque jamás se editó la relación
y
desde el fondo de ti
—tú y yo borrados—
un niño torpe como yo escapaba.

XVIII

Esta es la sombra que dejaba el techo,
desmantelada cada vez que regresa un nubarrón.
Aquí, tú y yo,
tal vez jamás nosotros,
recogemos la mesa contra el pecho
mientras la niña se adentra por los mapas cuarteados
como una hormiga más sobre el cemento.
Tendré que levantar paredes,
robarme una antesala,
hacer golpes manuales que puedan sostener el cobertizo.
Nos estamos quedando a la intemperie.
Esta es la sombra que arañaba el cielo raso.
Las hojas del otoño escapan
mientras guardamos pedazos de naufragios,
despojos que el vecino ha lanzado sin mirar;
con ellos crecerá el castillo.
Ya no sirven los naipes amasados después de las comidas
ni el celofán de este verso
que es sólo una manera de hacer que no me dejes.

XIX

En el principio fue el andar de mi maestra
perdido en la corta inmensidad de sus caricias,

en la paz casi tallada de sus piernas
y el bosquejo infinito de sus muslos,
aunque era fácil guardar sobre mis triunfos sus caderas,
decir que era el final
y saber que ganaba para siempre su aliento con mis miedos.
Y en el principio fue la pérdida de Adita,
vencida por ráfagas de ingenio y juegos de costumbres,
nerviosa, inquieta
desde el podio que su madre atisbaba con falsa intolerancia,
perdida para siempre
a pesar de que el tiempo la arrastra y la supone.
En el principio además aquella otra,
tan hábil para urdir la exactitud de su erotismo,
que ahora suele cruzar siempre a la zanca
sobre la estela imponente de su moto
para mirar sigilosa desde el fondo de su historia.
Perdí también a Estrella,
casi tonta en sus placeres de niña protegida,
perdí sus manos suaves,
únicas que he tenido más breves que las mías.
Perdí una lista inextinguible de Odalys y Mabel,
todas con signos diferentes,
todas sutiles y prestadas.
Perdí a Olguita en sus ojos de sombra demorada,
su dócil manera de esperar
junto a sus fotos de quince y a sus brechas.
Perdí a aquella muchacha del cuarteto de voces
que aun el tiempo suele devolver,
no sé por qué,
atada a la leyenda gentil de su alabanza.
Perdí a Belkis, de pura adolescencia,
novia más linda entre mis manos de ciego
y a quien primero cifrara legiones de poemas.
Perdía a Adelaida y su signo de obediencia,
a Yolanda y su mirada
—acaso de verdad los ojos de Gertrudis—
y a aquella alumna del primer asiento
que me hizo odiar la soledad del profesor.
Perdí todo un registro de alumnas
cuyos nombres apenas repetía
aunque algunas buscaban existir al desnudarse.

Perdí el sudor de Asela debajo de mi cuerpo,
su carga silenciosa,
su bondad para seguir siempre un segundo laberinto.
Perdí a Tamara,
cuidando su virginidad allá en el humo,
y a la otra
que sólo pudo ser un dócil desnudo de Renoir.
Perdí a aquella muchacha con su nombre
que me enseñó la mugre de todas las posadas.
Perdí el tiempo mejor de Noemí,
el tiempo inabarcable de Yudith
y el tiempo sempiterno
de aquella que juega al Olimpo con su nombre.
Y a Lourdes,
la mejor novia de Charlot,
la irreparable, presentida a la sombra del futuro.
He perdido excelentes amistades
que han intentado trocarme los recursos del amor.
He perdido el silencio de aquellas que pasan y me miran
y a veces pueden sonreír con mis aciertos
y se dejan escoger
sin que jamás me atreva a despertarlas.
He perdido el estilo y la destreza,
el insomnio de todas las muchachas que miran desde ti,
soñadas,
cambiándome sus cuerpos
por el borde de un verso que las salve.
Y en el principio,
también,
he perdido mi andar sobre el humo de tus huellas.

XX

Alguna vez se acordarán de ti los astronautas,
los severos ministros
(de Dios o de los pueblos, qué importa el sitio),
la humedad que fecunda el torvo corazón de las hendidias.
Hemos venido a perecer,
a conseguir la muerte
repetida mil veces en tu cuerpo,

quebrándose en los hurtos que depredan la línea de mi mano.
Nada mejor que sorprenderse,
que barajar la oscura contraseña del atuendo.
Escojo el corazón como una darsena,
me lo entrego con todo el desespero
de quien tiene que hundir las evidencias.
La soledad devuelve siempre un espejismo,
una parábola ardiendo en la espesura,
y tanta rabia.
Alguna vez terminará el capítulo del vientre.
No pediré a ninguna tus lugares comunes
ni mediré su rotación con tus mordazas.
El nudo está en acontecer,
en remendar el corazón con salvia y sortilegios.
El nudo está en no servirse de nada para hacerte,
no dejarte salir.
Alguien sabrá si lamentarse.
Me darán con el pecho quienes sirven de paz al cobertizo.
Agotaremos el cuerpo antes de huir,
defenderemos,
como si cada vez un filtro detuviera;
como si cada vez.
Con esta desazón lo dejo escrito:
alguna vez se acordarán de ti los astronautas,
los severos ministros.

EPÍLOGO: FOTOS

Estas son fotos de casas que soñamos,
Espacios donde nunca bregara la escasez.
Era yo quien seguía la gracia de los planos,
quien trazaba las líneas, los cuartos, los poemas,
y tú los destrozabas
o acatabas al menos su mitad.

Todo colgaba del humor que asistía a tu regreso.
Todo seguía el disfraz que burlaba el deterioro.

Quién sabe cual de las líneas era el odio,
cual la ruptura o acaso

la costumbre de asirnos sin saber quién nos separa.
Estas son fotos que nunca trazaron su verdad,
que jamás convertimos en su imagen;
huellas que nadie habrá marcado, testimonios,
indicios de un futuro que nunca emprenderíamos,
espacios que tus ojos no saben abrazar.
Yo había marcado los bordes de la línea. Me apuraba.
Conseguía el rumor de otras paredes.
Estas son fotos que no serán después,
que perderán su imagen apenas se hayan recogido:
Nadie gritó en sus cuartos,
nadie perdió la paciencia en sus dominios,
nadie auscultó su soledad mientras lloraba.
Nadie.

Estas son fotos que viven en tu ofrenda,
monumentos a la paz de tu abandono,
armarios, estantes y pasillos,
soledades que el tiempo arrasa sin decir:
esta es la soledad que no perdura,
este el espacio en el bregar de la escasez
y estas que a veces tú conservas
son sólo fotos de casas que soñamos.

III

LAS CRÓNICAS EXTRAÑAS

Día tras día oyendo a los dioses burlarse de los hombres

Gastón Baquero

UN HOMBRE AL FIN

He llorado como un niño infeliz sobre los pechos de más de una mujer. La soledad ha forzado esos momentos de infiel debilidad. Y la nostalgia. Y hasta la cruda noticia de que nada será como se sueña. Una mujer. Y otra. Y no sé cuántas, hoy, han recibido en sus pechos el susto de mis lágrimas mientras sus dedos recorren mis cabellos en esa gama imposible de lástima y apoyo.

¿Cómo seguir, al fin, sin su nostalgia?

¿Cómo errar en la dureza de un tiempo inexistente?

Qué mullido es tu pecho, cauce del llanto en que me nombro así, sin nervio, sin empuje vital en la carrera gigante de ser un hombre al fin.

CIRCUNSTANCIA VITAL

Esta noche he encontrado la tibia caricia de tus manos, el placer de tu cuerpo deshecho en los canales tranquilos de mi boca, el miedo a perecer sin que nadie reclame mi empuje de niño abandonado, y otras muchas bondades que el amor ha esquilado con saña indescifrable. He soñado con todos esos rumbos. He añorado como un loco febril esos momentos.

Tú confiesas, y susurras, y juras, que era ajeno por siglos a tu rostro. El amor es extraño; saberlo nos hace cada vez más torpes e ignorantes. Es extraño, como esas noches de sexo en que tu voz, casi en silencio, y tus manos que giran en mi piel, reconocen que un lustro de añorar, de prever y fundir las peticiones, cabe en solo un segundo de esas horas.

Esta noche he encontrado el sabor de mi tristeza y he aprendido a llevar mi soledad hasta el fondo de todas tus corrientes. Y así, hasta agotar hipérboles más oscuras quizás que mi recuerdo. El amor es extraño. Tú y yo nos conocimos al pie de una aventura sin nombre. Es extraño el amor. Sobre todo si un hombre y una mujer que han sentido en su piel la soledad se descubren así, como si nada. Sobre todo si es la sombra común la que nos une.

Y no sé, repito hasta el cansancio, más que hallar la caricia inefable de tus manos, el placer de tu cuerpo mordido en mi garganta, el miedo a renacer después de tanto acostarme con la muerte.

SOMBRA DORMIDA DE TU CUERPO

Llueve en la sombra dormida de tu cuerpo como si el tiempo fuese a declararse bíblico. Las goteras te pueblan, fundan suburbios y cloacas por las tablas del techo. No sé, a estas alturas, si soy apenas un tonto que se tiende en el margen secreto de tu cuerpo, o un mendigo capaz de clamar por su amenaza.

Con la humedad se derrumba el sueño de haber sido felices; se pudre el diapasón de cada certidumbre, y el poema que tiembla entre las hojas que no me reconocen increpa este silencio. ¿Es que hablamos acaso? Me he conformado, es cierto, con hacer de mendigo satisfecho.

No he repetido en verdad el paquete de apuradas consignas que son pura balada en la soberbia austera, ruta veloz al arribismo insigne. Pero he callado también mis emociones. He dicho Aquí no estoy como quien roza la pelvis de una broma. He despertado entre duras pesadillas para dejarlas después en la barata presencia del espejo.

Solo ahora, mientras llueve en la sombra de esta casa a las puertas del derrumbe, reconozco mi norma de mendigo, mi sutil cobardía, aunque es un hecho tajante que ninguna de las tantas ideas que me forjan detiene el insufrible avatar de las goteras.

LA SUERTE Y EL POETA

La casa se derrumba, y el poeta se detiene a hermostrar la presencia del derrumbe.

Se ahoga en un susurro la llama del fogón, y el poeta desbarranca su sátira insaciable.

La lluvia se descuelga por las vigas sufridas, y el poeta descubre en un segundo su forma de columpio, su estructura de guindas inocentes.

La esposa llora en la altitud de su añoranza, y el poeta describe los ocultos pasajes de una frase.

El tiempo grita, mordido entre sus propias vísceras, y el poeta se adentra en los tenaces axiomas del futuro.

La tierra escapa hacia la luz sin vida, y el poeta cava un surco directo hacia el desagüe.

La suerte ruge, inundada en su oscuro sobresalto, y el poeta martilla el insulso corazón de su existencia, siempre y cada vez sin golpear a los ojos de quien timbra el azar de su abyección.

APOSTÓLICA

Trincheras de ideas, según hemos supuesto, valen más que una trinchera de piedra. Pero casas de piedra, es decir, edificios concretos y seguros, valdrían más que esta sarta de ideas que intento defender de las trincheras.

LIBRO DE CENSO

Nunca he sufrido el rito de muertos que retornan ni la sed de llamarlos ante viejos tapices o espejos imponentes. Vivo en casa de pobres, con goteras que surcan mi existencia y asambleas y músicas ajenas. Con ese germen de lluvias y sonidos, los muertos no se asientan, no pulsan de verdad la tentación de regresar.

Mi vida es de comienzos. Fundación de sucesos cotidianos y costumbres de usos tan remotos. O tal vez de conceptos, obsesivos gestores del patíbulo.

El pasado es tan corto que apenas tiene espacio para muertos que añoren retornar. Así, después de todo, es mejor debatirse en la mísera estrechez.

LA LEVEDAD Y EL PESO

Tal vez las líneas de verso que trazo sin saber a qué páramos rotos se dirigen, un día —siempre sacra, la muerte del poeta de por medio— salten al amplio concurso de la página. En ese caso, un magistral prologuista encausará por nobles rumbos mis más detestables circunstancias y hallará los valores que, en la fecha de hoy —esa fecha perenne en que las líneas se redactan—, nadie se atreve a suscribir.

Habré dormido al fin lo suficiente.

Habré hallado el camino a esos vocablos.

Sin embargo, ninguna de esas líneas —en ese caso, digo— soportará en verdad el peso que en la fecha de hoy las detiene y las obliga a cejar sobre la tierra insufrible de los páramos.

HOMBRE IDEAL

Es incómodo ser ese hombre ideal a quien se espera, esa nostalgia de años abrasando el incienso del fogón, de orgasmos que retienen el ansia de escapar. Ellas dicen que soy casi perfecto, un amante ideal, soñador y virtuoso.

Como el borracho que pondera las bondades de aquel que lo sufraga, gritan elogios satisfechos mientras sirvo mi dosis de fiel entrenamiento.

Como el tenaz deportista que busca el esplendor de una medalla, recorro cada páramo triste de sus cuerpos, empujo sin cesar, aunque a veces no atine a decir una palabra.

Y lloran ante mí, como pésimas damas de un espacio radial.

¿Será el culto a la letra, el desdén, la pasión paranoica hacia el discurso, lo que hace que muerdan sin cesar las estulticias? ¿O es acaso algo cierto que sus vidas se nutren mientras hablo de mí, sólo de mí?

Si fuera yo quien lograra llorar entre sus ojos, quien llevara las riendas de ese drama. Pero el tiempo es tan cruel, tan egoísta, que no puedo ganarle en buena lid. Apenas lamentarme, hasta aburrir, de que se vuelva insoportablemente incómodo ser un hombre ideal a quien se espera.

PALABRAS EN MI PUERTA

Sentado en mi puerta, no he de ver el cadáver de mi enemigo en su cortejo. No he de ver, tampoco, la plana ajada en que se edite su obituario. Ni he de ver, siquiera, a mi enemigo mismo.

¿Quién es él? ¿A qué nombre responde; a qué ciencia; por quién se desvanece en la dulzura del sueño que lo enfrenta a mí? ¿A quién podré decir: Tú serás mi enemigo y robarás mis libros y mi pan y echarás el veneno en mis ideas y sangrarás mis arterias hasta el odio más cruel o la ignominia? ¿A quién designaré, si el espejo es un pedazo de musgo indescifrable, una sustancia inhumana capaz de ceder a los denuestos?

Mi enemigo soy yo, sentado ante mi puerta, sabedor de que nunca veré cómo el cortejo adelanta el cadáver de mi cuerpo.

Me sentaré a mi puerta, en fin, a no verme pasar nunca en la muerte.

LIBRO DESPUÉS DEL FUEGO

Ocurre que uno, con temor inefable, pero con arduos deseos de lanzarse, echa al fuego sus fajos manuscritos y decide abdicar de esos estigmas. No amasar más historias ni cerrar más un verso ni pensar que Vallejo lleva un palmo delante de Neruda. Todo al fuego, hasta el arte, para hacer la hoguera.

Uno decide convertirse en ciudadano común: no exigir más allá del placer que asesina y del día siguiente en que el trabajo concede la resurrección.

Toda actitud de conversión ase un proceso lento, en el que pugnan las viejas tradiciones con el credo feliz a que aspiramos. Y esas nuevas ideas asumidas, llenas de un hambre humana indetenible, comulgan con los denuestos que van a la renuncia.

Sin haber olvidado esas ganas feroces de vacío, uno sufre el aliento de nuevas escrituras y descubre que nunca estuvo ausente, que sólo reclamaba un poco más de ternura, un algo de cariño en las miradas ajenas.

Una vez más emergen del silencio las páginas cerradas por el vago follaje de las frases, las líneas manuscritas apretadas sin fin sobre los rasgos, la falta de cariño, la precaria ternura de aquellos que no saben que nunca nos consuelan. Y sucumbe la obsesión de cruzar la existencia como un hombre corriente. Una vez más vibran ganas de acunar la hoguera, ansias de ver cómo las llamas levantan a esplendor tanta miseria.

Como soy sólo el creador, no sé cuándo este ciclo dejará de atontarme, cuándo el letargo de mis días sin tiempo ni heredad de sucesos quebrará en su dócil exterior para dejarme morir sonido adentro.

Ocurre esto también, según me han dicho.

ABSOLUTORIA

—Tú me perdonas —me impone este muchacho vivo, jovial, saltarán sobre el sedoso puñal de sus consejos.

—Sí. Te perdono —concedo en lo más hondo de mi mente, allá donde las frases han llegado después de claridades que enceguecen y oscuridades que nutren. —Te perdono —acepto mientras escucho esas mortales sentencias—; bajo el perdón secular con que se salva a tantos pecadores, arrepentidos sólo ante el peligro de expirar

LOS PRIMEROS CAPÍTULOS

He comenzado no sé cuántos proyectos de geniales novelas, ensayos poderosos o cuadernos que marquen para siempre. Situaciones, presupuestos estéticos, atrevidas ideas, emociones de un ser muy superior. En un soplo, aparece el capítulo inicial, radiante con su prosa adjetiva y bien medida.

El resto de las páginas va pareciendo una piedra cargada en la cabeza. Tiranizado en la tremenda brillantez de su esperanza y en el no menos brillante alcance de su juego final, soy incapaz de agregar los párrafos siguientes. Resuelvo entonces rebelarme a ese poder con un proyecto nuevo cuyas primeras páginas brotarán con la fuerza de un autor poderoso en su prosa adjetiva y bien medida; un autor que ha soñado con burlar a la muerte para entregarse a la fe de sus labores.

No sé cómo los dioses concedían al hombre estas prebendas.

Hoy por hoy, trabajo en un proyecto de burlar a la muerte, una forma de trazar mi existencia tal como redacto la salud de un personaje o el cuerpo de un poema. Mi conciencia me advierte, lo confieso, que no es fácil pasar de ese primer capítulo en que brota el espejo de una vida más fuerte que mis manos y aparece el cadáver de un suicida ante los ojos de todos los viajeros. No es fácil, lo comprendo.

Mientras tanto, mientras busco afanoso en mi proyecto, me doy a comenzar labores de sustento, pruebo el sabor de los oficios, creo en el sueño de una vida mejor para mis hijas y emprendo comuniones que ayuden a iniciar cuadernos de poemas, poderosos ensayos o novelas que purguen la precaria salud de la existencia.

Así la astuta muerte pensará que soy suyo, que nada debe temer si no me lleva.

Al final ya veremos; si culmino el proyecto en la fuerza tenaz del personaje que yo mismo redacto, triunfador en la burla, o si llevo hasta siempre la manera de fingir que hago el ser para-la-muerte.

EXÉGESIS

Acatar,
 en silencio,
 sin que nada perturbe el equilibrio,
sin que nadie destruya la danza horizontal de la imparcialidad.

Así puede obtenerse la perfecta salud de una opinión.

CONTRIBUCIÓN A MARCEL SCHOWB

Febril, indetenible, un señor ha nacido en el cantil de una barra. El tiempo repite la actitud y la hazaña. Con un billete de banco, moneda nacional, ha prendido su habano. Y la hacinada concurrencia adora el nacimiento. El tiempo regresa al suceder; repite el sudor y la existencia.

Un hijo de humilde campesino ha prendido un cigarro con el billete azul donde Camilo Cienfuegos sonrío como un hombre feliz. Una finca pequeña, unas vacas lecheras y una crisis de magra soledad son hombros, andamios que izan el performance. Pero este joven no sabe que un hombre fue adorado en el tiempo de ese acto; no comprende que el señor imitado fue dueño de una cadena radial —no de un aparato de radio— y poseyó la ansiedad de instalar una red televisiva en su país, ni que, por demás, compraba fincas, autos, ropas y habanos a su antojo.

Este hombre que asombra a los borrachos humildes con la llama refractada del billete, intuye que nació para siempre en este pueblo sin nombre, revuelto en su trazado, como pudo haber sido la aldea de Belén. Aunque no logra imaginar que ese día ha acuñado, así sobre el billete de banco, la fecha de su muerte. No el momento en que —cuerpo y alma desnudos y abrazados— se hunde en sepulcro, sino la fecha en que la anécdota corta su existencia.

La cumbre de su vida, justamente ese día en que logró nacer según lo hiciera otro señor de escasa biografía que él jamás ha logrado presentir.

LA FRECUENCIA DEL ARTE

Si uno retorna a los lugares donde ha sido feliz, quiere decir, al menos, que uno ha sido feliz alguna vez; y que aspira a que esos momentos no se diluyan cuando mala suerte y miseria devoren la memoria.

Si uno retorna en una nueva dicha, viva y reluciente como una galería, es incapaz de conocer, de sentir la grandeza del nostálgico verso. El recuerdo parece una carrera por las zonas de triunfo, una estampida de sueños poderosos que cierran la victoria en el haz de su risa y, en la mismísima luz, proponen al retorno su más alta imagen. Y es posible que uno se permita ignorar que en esos sitios fue feliz en un tiempo.

La soledad no se descubre; cuando más, muerde implacable el interior del hombre para hacerlo gritar y maldecir.

Así es como uno vuelve en soledad a los lugares donde ha sido feliz y regresa cargando sus ruinas sucesivas. El recuerdo se agolpa, arrasa y borra sus más altas ceremonias, y vibra, como un naípe en la mano de un bandido, para advertir que es olvido toda sensación, que sus pobres vestigios son sólo el medallón que vemos en la muerte de un héroe, en la pantalla.

El suicidio corrompe la firmeza, el optimismo que uno le inyectara al alma —no importa si mordida en su interior o si puesta a danzar en una dicha nueva— sin que nadie conozca su cruel sinceridad, su amable deterioro.

Si el corazón se rompe entonces, es sólo una metáfora.

Si uno lleva en las ganas que es tiempo ya de abandonar el ser humano para irse a vivir en un poema, un guión solitario o un mentido homenaje, es solo una esperanza, una metáfora más que se despeña.

Si uno de vela al fin que vivir solo y feliz en algún que otro sitio, en espacios de tiempo alargados por su tenaz brevedad, es sólo una verdad de la frecuencia del arte.

¿Qué normas no ceder para no asir la muerte a mi cintura?

¿Qué distancia colocar entre el uno del verso y el yo de mi nostalgia?

¿Qué frontera cerrar para no ver que vuelven a patearme en todas partes?

Si uno retorna a los lugares donde ha sido feliz, apenas logra saber que alguna vez imaginó ser feliz como una estatua.

IV

NIÑOS QUE ESCRIBEN SU DIÁLOGO EN LA ARENA

*Yo soy el mentiroso que siempre dice su verdad.
Quien no puede desmentirse ni ser otra cosa que inocente.
Yo soy un niño que recibe por sus ojos la verdad de su inocencia.*

Gastón Baquero

I

Vamos a ver la muerte de los peces en la orilla,
los residuales del siglo,
las ballenas que van a suicidarse en el peñón.
Somos dos niños que juegan a escribir.
No podemos obrar una protesta. No podemos
alentar remolinos de sed ecologista.
Hechizados por el susto infantil
llevaremos a casa la sombra de un carey,
el anillo de un pulpo, la viscosa humedad
de una medusa, los senderos del cobo.
Y veremos a un hombre salir de una ballena,
tuberculoso y cansado,
sin memoria.
Un hombre que prefiere olvidar su propio encierro.
No podemos saber que está ya ciego,
de tanto desperdicio,
de tanta huella sorda del remoto esplendor.
Llevaremos a casa su cuerpo desmayado
y de allí lo alzarán a un hospital.
Vamos a ver el litoral lleno de especies.
Cuántos delfines para hacer un bosque.
Cuántos árboles nuevos para asir la nostalgia del camino.
Cuánta morena ya sin su veneno.
Cuánto erizo de mar en las repisas.
Vamos a ver la muerte de los peces.
Ojalá que tocarlos no fulmine,
que podamos llevarlo contra el pecho
sin que la piel se haga tiras de sangre desgajada.
Si fuera así.

Mejor no adivinarlo.

Somos sólo dos niños que no pueden luchar.
Vamos a ver, tan solo.
Vamos a ver cómo los peces han muerto en el rompiente.

II

Mañana sabrás todo. Mañana aprenderás
cómo la vida es un fantasma que gira en los salones de lujo,
cómo el silencio es la brillante epopeya de un idiota

que ha ignorado la sombra de la muerte;
o el discurso de un niño que escribe en su reloj de arena.
En las playas hinchadas por la turba
hemos trazado jirones de baladas, estériles canciones,
momentos estelares de los juegos de béisbol,
filmogramas,
novelas de TV que nada significan.
Mañana lo sabrás. No aprenderás, es cierto,
por qué escribimos historias de perros y poetas en las costas
ni por qué, sobre los riscos de furia y de sonido,
cincelamos corazones de amantes trasnochados
como si fueran tarros de vinos legendarios.
Pero sabrás
que el disco de una trova lejana
es a un tiempo agonía de la memoria y esplendor
de esa hora que el juglar dilapida.
Sabrás que el aire de la noche extranjera
no es el viento en que arde la humedad del país.
Una escena. Un acto irrepetible. Una industria
con obras saturadas de versos y sentencias,
de pasiones humildes que tramaron los griegos.
La vida es una historia inconclusa.
Si el poeta lo supo,
¿por qué nos levantamos a aprenderlo?
¿por qué nos empeñamos en negarlo,
en decirle que erró en su desmemoria
mientras la nada divide su edificio
para hacernos morir casi en secreto
en jornadas de tórridas colmenas?
Mañana sabrás todo. Que es apenas
saber lo que otro supo.
Aunque no entenderán por qué el tuteo.
Un niño no distancia de usted a otro inocente.
Volverás,
al silencio del mapa estremecido por la línea del índice,
a la sombra del peligro que sueña y reconcilia.
Sobre la playa desierta del invierno,
fugaz pero imborrable.
aparece el cortejo de palabras que fuiste modelando
mientras la gente convertía esos vocablos en bienes materiales,
en objetos vulgares y rompibles,

en cordones letales,
en peñas de cristal que podían errar sobre el rompiente.
Leyenda. Historia contada por el sueño de un loco.
Cada mañana esperamos descubrir que no es cierto.
Cada noche inventamos la verdad.
Componemos con ardua redacción, como el herrero
que alimenta en sudor el sueño arrasador del fuelle
antes de ver a su hija en el coro de la aldea,
las aristas de un nuevo melodrama
seguros de que el tiempo ha claudicado
ante el verso que intenta abrasar sus dimensiones.
Y esa primera persona del plural, perdónala también.
Apréndela. Antes de ir hacia el sueño.
Un niño no demora en hacerse compañero entrañable
de aquel otro encontrado en la fe del mismo juego.
Volverás a dormirte. Life is but an empty dream.
Volverás al remedio del sueño que recorre
los sucios corredores de la historia del mundo.
Life is real! Life is earnest! Quién sabe.
Nature deals with us, and takes away
Our playthings one by one, and by the hand
Leads us to rest so gently, that we go
Scarce knowing if we wish to go or stay.
Volverás. A dormirte. O a saber que en el sueño
concurrer los humos del pasado
con los hombres que van a denostar el futuro.
Bajo el odio del padre que abandona.
De la mano de la madre que llora en la mitad del cuarto
sin saber por qué nadie rescata sus lentos sacrificios;
too full of sleep to understand
How far the unknown transcends the what we know.
Perdónala, en nombre del profeta. Apréndela.
Saber es matar lo que antes fuera marcado por la letra.
Aprender es saber lo que otro supo.
La vida es un fantasma que gira en la soberbia.
Ningún dios la protege. Ningún omnipotente
atesora las rampas que veremos romperse a nuestro paso.
Dormidos en la playa,
en la arena terrible del silencio,
marcaremos a hierro
la sutil miniatura de una página transida,

de una nostalgia de vernos que no existe
si no en la tímida acepción
de esta manera de arriarme con su ayuda.

III

La mirada que en mí se desvanece
no reconcilia el horror de tanto nervio.
Occidente. Qué noción, qué gusto morir de geografías.
Si no en la arena,
¿dónde voy a escribir otras fronteras?
¿dónde a anotar las reacciones de una sombra que mata,
de un ángel que embellece el temblor de su pasado,
de un niño que envenena el alcohol donde su padre muge?
En la arena del pérfido Occidente.
Treinta años después. Un siglo acaso.
Un niño que juega en la ardiente memoria de otro niño.
El tiempo es infinito. Concurrente. Plural.
Reconoce potentes dimensiones contiguas.
Humilde es el espacio. Reducido.
Conquistado en la norma legal de los terrenos.
—Vendo un milenio de playas arañadas por la letra,
una franja de mar que ha visto en un segundo
agresores en precarias canoas,
carabelas maltrechas y tostadas,
yates lustrosos y barcos de sustento
y familias que huyen en botes de serrín.
Es el humo del tiempo. Identidad de esos niños
que llevan a sus playas manuales, biografías, relaciones, tratados.
Todo cuanto suponen alimenta la distancia que mide el universo.
—Compro el espacio vital para dos cuerpos,
un lugar donde quepan dos personas tendidas y abrazadas
sin que medie el rencor del propietario,
sin que las turbas de bañistas
aprieten con sus huellas mi costado.
Si no en la arena,
¿dónde voy a escribir con la inocencia del miedo?

IV

Muere de ti, me aconsejó el salmista.
Muere del curso de tu propia ternura.

Muero de mí, fue mi respuesta.
Muero del curso secular que aprisiona y desguaza
la sed de mi ternura.

V

Acompaño el asombro de mis hijas
ante el fluir de la arena en el reloj.
Miran la noche sumergida en el mar.
Las líneas de los faros que brotan y se hunden
casi como lo hicieron las ágiles toninas en la tarde.
Gráciles bestias que juegan en el agua
son las preguntas de mis hijas.
Un padre solo. Un padre solo en la casa de verano
con dos hijas que juegan en la playa.
Es el loco. Sus lecturas al borde. Su escritura
en el margen de una lucha intangible. Pobre.
Velando el verano de sus hijas. Es el loco.
Es el idiota que narra la curva de la vida.
Rumor de las olas en el muro, furia y sonido,
alimentan las dudas de mis hijas.
Acompaño su sed sobre la noche,
su virtual horizonte,
su rauda intensidad hacia el espacio que yo no reconozco.
Es una brecha en el cuerpo del reloj.
Fui niño en el pasado, una página antes,
abandonado en el susto de su madre.
En un instante apenas, soy el padre
que abdica de su firme derecho a abandonar. Pobre.
Idiota que acecha en los furiosos sonidos de la vida.
Acompaño mi asombro, también, sobre la arena.
Ellas explican mi juicio de torpe realidad,
allí, donde era un hombre,
donde era un padre que muere en la espiral del sacrificio.
Mis hijas no saben
que son bestias que escriben en la arena,
criaturas de esa misma palabra
que trazo una vez más sobre la orilla.
No saben que el recuerdo vencido de sus madres
es la frase que el idiota dejó de pronunciar.
Pobre loco; tan humano en el fondo.

Acompaño el silencio de la lástima.
Imposible escupir sobre los rostros que van a consolarme.
Imposible abrazar a ese niño que juega con mi hija menor
mientras la otra la ampara en sus pupilas miopes.
¿Quién me ha soñado así, a medias familiar,
saturado en mi pobre intimidad,
bajo un índice cruel y resentido?
La arena sucia de esta playa sin nombre
pasa también contra el desfiladero del reloj.
Soy el idiota. Gracias. Muchas gracias y a vernos. Avernos.
El idiota que narra, demorado y hostil,
un recodo impreciso en el teatro del mundo.

VI

La barca de humo. La barca de oro.
La barca de plumones de cisnes y perfiles del héroe. Soledad,
antecesora del momento en que la ola destruye los países.
Lo vimos levantarse con su traje de serpiente emplumada.
Un naufragio. Qué horror no conocer ese concepto.
Qué triste no poder con los imanes del signo.
La potencia del sol desenroscó su cuerpo.
Como un dios se levantó en la arena.
Una honda caverna en la memoria, de pronto, al despertar.
Vasto, infinito el recuerdo. La memoria de un dios.
Lo vimos alejarse del mar, hacia nosotros,
mientras las olas tiraban al peñón los restos de su barca.
La arena reseca brillaba en su traje de serpiente emplumada.
Alzó los brazos, sutil crujió su cuerpo. Visión efímera,
se alargaron sus manos hasta hacer con la imagen una cruz.
En su traje, de serpiente emplumada,
relumbraron las gotas del naufragio.
Qué horror no saber de travesías. Qué indefensos
ante el misterio innombrado de la palabra naufragio.
Lo escuchamos hablar sólo en sonidos;
vibraciones que hicieron concurrir las profecías.
Sonidos de remota furia. La palabra de un dios.
Lo vimos apuntar al horizonte, y tocarse en el pecho.
Yo soy el dios, diría, el dios, el dios que soy,
mientras las olas borraban los países que trazara en la arena,
mientras lanzaban a los riscos jirones de su barca,

soportando los perfiles del héroe, casi un dios
sobre la playa que nunca le otorgamos.

VII

Un niño no atina a escribir sobre la arena
cuando descubre a una mujer
caminando desnuda en el pretil.
Cuando más, ese niño que tiembla en mitad de la visión,
se hunde en la sustancia del mar
para dejar que ella se adueñe de la orilla desierta.
De arena soy. Mar y salitre. Arena que baja hasta el silencio.
Como en el reloj de esos dibujos, en mí se adentra.
presentida en la sombra que va hacia los vacíos,
desnuda acaso.
Arrastro sobre el mapa, cada vez,
el susto de esa playa habitada por mis ojos de lámpara y silencio.
Un niño no atina a desprenderse del sueño
cuando ve a una mujer que desparrama su cuerpo en los celajes.
Tengo miedo. Me estremece el horror
de sentirla pasar entre mi cuerpo más ágil que su sangre.
Me asusto cuando miro en sus ojos
el polvo de las horas que nunca serán mías.
Un niño que mira a una mujer desnuda, imaginada en la playa,
no despierta jamás de su mutismo.
Si al menos fuera, en este instante, el sueño del cristal
o la madera preciosa que detiene el impulso de la arena.
Si la luz no cegara. Si me hallara de pronto
a una muchacha desnuda por la orilla desierta.
Si al menos encontrara alguna playa vacía.
Desde mi línea de arena emplazo el avatar de las palabras.
Disparo. Como en una maniobra.
Como en el simulacro feroz de las contiendas.
Nadie puede desprenderse del hombre que bulle alrededor.
Nadie construye una torre de marfil intocado.
Si disparo al tumulto, si mis ráfagas urgen el arraso.
o mejor,
la conversión inmediata en estatuas de marfil o de sal,
es sólo porque añoro una muchacha desnuda,
no importa si de arena
de mar o de reloj.

Una muchacha desnuda en el pretil de la playa.
Un cuerpo escurridizo en las márgenes del sol.
Una imagen soñada por un niño que juega a no morir.

VIII

¿Por qué nos levantamos a aprender que la vida
es un fantasma que gira en los salones de lujo?
Si no lo supe ayer
no lo sabré mañana. Una mentira
inventada por un bardo que amó sólo su voz estridente.
Renuncia. En la soberbia que vuelve. Renuncia.
Nos levantamos así cada mañana.
En París o Estocolmo. En Bruselas o Egipto. En Marte
o el Olimpo. En Vueltas o Calcuta.
Miserables poetas de ritmos matutinos.
Profesores adustos o elogiosos.
Redactores de prensa brillantes y apacibles.
Mañana. Cuando el sueño descubra nuestros juegos de roles.
Cuando la pobre sentencia de un padre que rige sin amar,
que abandona sin que sea una ventaja retenerlo.
Cuando una mano descorra ese telón contra la sombra
esplendente de fantasmas que medran con su imagen.
Volveremos a añorar la línea horizontal desde la playa.
Trazaremos historias en la arena
como si fueran tarros de vinos legendarios.
Si un tercero. Si otro niño se acercara a la orilla;
a escribir como yo en esas blancas pizarras inconstantes;
a saber que ha imitado en el reloj la caída goteante de su arena.
Y perdone el usted.
Dispéñeme la rabia que muerde su distancia.
Jamás un niño aligera en el trato al capitán de su pandilla.
El mundo, todo, es una escena.
Qué no decir entonces de una playa.
Escapaba de mí para buscarme en otros.
Niño infeliz, carente de virtudes. Miembro de fila.
Escapaba de mí. Búsqueda y llanto. Renuncia.
Y ahora vuelvo, en la escena del mundo,
como si hubiera inventado una región infinita y sin países,
como si el mundo no fuera un mal fantasma,
una conquista de fronteras y exordios.

Dos niños no conversan de guerras ni poderes. Sólo juegan.
Sólo empuñan la rama. Sólo advierten.
Mañana lo han sabido. Y no lo supe ayer. Si un tercero
Quisiera amanecer sobre la arena que fluye en el reloj.
Si un tercero alentara palabras como objetos.
Encontraría en el sueño el recuerdo lejano de este diálogo.
Si un tercero, no importa si absoluto y distinto,
Soportara la improbable sospecha del fantasma que he sido.
Ah, el fantasma de un bardo imperdonable
En el teatro del mundo.
Mi regreso es apenas hasta mí. Me escapaba.
Soy el punto final en el lindero.
Sin la barca. Sin cisne. Un guerrero
Cuyos vocablos no se transforman en bienes materiales,
Cuyas armas no soportan la sed de las palabras.
¿Por qué arrendamos los sueños al futuro?
¿Por qué nos levantamos a aprender,
si es un verbo que odia y que destruye?
Cada noche nos lanzamos al sueño sin saber quién nos lleva.
Sin comprender.
Cuál la mano tan dulce que nos deja desnudos y apacibles;
cuál el rostro que no recordaremos.
¿Por qué emprendemos el viaje en la mañana?
¿Por qué seguir escribiendo en la pared de la arena?

IX

Si contemplamos también la muerte de los héroes,
su declinar abrasante en la sustancia del mito,
perderemos el derecho a escribir sobre la arena.
Una playa en Ceilán; otra en Las Villas.
Una playa brillante como el hilo fugaz de una postal
y otra sucia, abandonada
en la abulia de un futuro sin tiempo ni heredad,
rota en el clamor de la miseria
que los héroes no logran atajar.
Una playa apacible en el silencio de Europa
y otra,
hacinada y plural,
a la deriva del bullicio tenaz de alguna aldea.
Somos dos niños de exilios diferentes.

Uno sin ver ya para siempre el ansia del regreso;
otro sin ser nunca un boleto de partida.
Uno en un tiempo que ya no va a alejarse,
otro en la fe de un minuto en que estar cerca.
Dos niños cuya fuerza en el usted se reconoce
a pesar del tuteo irreverente, del juego imperativo.
Contemplamos también la densidad de los héroes,
su oscura transparencia,
su soledad en los gritos del tumulto.
Es cierto: el derecho a ser héroe se conquista.
Puede ganarse en las batallas,
en los ómnibus llenos de sudor y miradas,
en las playas sitiadas por la ira,
en la salud del performance.
Ser un niño que escribe en el pretil de una playa
es sólo un mal castigo,
una temeridad que nadie condiciona.
Quiero decir: No se conquista,
no se obtiene pagando buenas cifras.
Los nombres que he dejado en la arena me han costado
la expulsión del camino de los héroes.
Miro al azul. El arte es el azul. Azul es color para mi encuesta.
Pero hay dos cosas en que el rojo se extiende y regocija:
la rosa
y la sangre.
Si contemplamos el color de la sangre de los héroes
o el clamor de sus botas
que alguna vez se han posado sobre el rojo de la rosa caída,
perderemos el derecho a sembrar sobre la arena,
el derecho a escribir sobre la sangre quebrada en el cantil.
Somos dos rosas de exilios diferentes
alguna vez aplastadas frente al horror del azul.
Dos torrentes de sangre.
Uno en Ceilán; otro en los mapas.
Uno en un puerto de España;
otro en la costa labrada por el diente de perro.
Somos dos niños que no se han conocido.
Nuestros padres vigilan. Una en su amor habitual,
otro en su puente de pérfido abandono.
Vigilan. Y prohíben.
Así nos hemos visto en el secreto.

Así soy yo quien ase el hambre del diálogo.
Oh, sueño de los héroes que no reconocimos,
sabe que así como conquistas
pudieras ser mañana conquistado
y que el mundo
—el mundo de planetas y espacio insufribles—
se sostiene tan solo en el sonido y la furia.
Vamos a ver la dimensión de los héroes
como quien viaja de pronto al estadio de béisbol.
Vamos a verlos solamente,
a aplaudir el momento del jonrón.
Una franja de arena
y un palillo
no pueden conquistarse.
Es cierto: son caros hasta el odio.
Pero aquel que ha intentado conquistarlos se corrompe,
se pudre en el camino de la sangre a la rosa,
del azul al clamor
o amanece tan lejos en su ascenso
que nadie logrará reconocerlo. Es cierto; o al menos debe ser.
Contemplaremos la muerte de los héroes.
No habrá placer. No habrá nostalgia.
Sólo un susto recóndito. Una emoción
desesperada ante la arena renuente en que morimos de vigilia.
Apenas un temor no descubierto
de que en un solo instante resuciten.

*Como un niño que se esconde de su madre,
jugando, detrás de un sofá,
así Dios juega a separarse de Dios por la creación.
Nosotros somos esta broma de Dios*

Simone Weil

SEÑAL DE LOS OFICIOS

Mi ventana soporta el umbral de una frontera.
Cuatro líneas de alambre la sostienen.
¿Qué importará al sumario indolente de los siglos?
Cuatro líneas hundidas en herrumbre.
Cómo no han de olvidar en el futuro.
Pandillas y torneos.
Campeonatos y noches de zoofilia.
Han crecido viviendas de rígida estrechez.
Ha crecido el peligro; estallarán
cuando vibre en sus tablas el grito del divorcio.
Cómo no han de borrar en la sustancia del tiempo
el laborioso estandarte de todos mis presagios.

Mi ventana se ahoga en la fe de su frontera,
en leyendas que mis hijas pudieran heredar.
Ninguno recordaba, más allá del dintel,
las primeras señales de este oficio
que brota en mi costado.
No deploro la estopa
con que fue construido el mejor de sus cerebros.
Pero es arduo escribir
bajo el castigo de eternos corridos mejicanos.
Cuatro líneas separan. Cuánto de injuria y de fracaso.
Improprios de febriles gargantas. Madres
que insultan a sus hijos como a perros infames.
No pregunto siquiera.
Toda canción pudre al paso de la moda.
No pregunto.
Aquel desesperado que busque mi palabra
no sabrá quién he sido exactamente
ni qué viejos maestros soportan mi añoranza.

Más allá del lindero crece un barrio.
¿Debo incendiar sus casas,
sus fosas, siempre al aire?
He creído que todo ese barullo
es el recuerdo vencido de un país
o tal vez el oprobio

y la afrenta que mi infancia no pudo imaginar.
Soy sólo un hombre agotado en su vivienda,
derrotado tal vez contra el olvido
(no he llegado primero, aún avanzo).

Atisbo en ese barrio de baños hacinados
un mundo sin vendimias, sin nostalgias ni máscaras.
Cuatro líneas de herrumbre lo sostienen.
Silencioso en las noches de las telenovelas;
tumultuoso en el sol
de los domingos y en las lunas del sábado;
débil bajo el hambre sutil de sagradas profecías.
Esa lumbre que penetra el sudor de los suspiros
es la muerte en que van a renacer.
El torrente que emerge en sus deslices
es un juego de naipes marcado en los instintos.
Era Freud el vidente de este siglo.
No es un credo mirar, espantado, la línea de las chozas.
No es un buen nombramiento el del apóstol.
Nominar en el riesgo
la secuencia feliz de su escasez.

Más allá de ese alambre alimentan sus noches
con alquimias de lóbregos alcoholes.
Y conspiran.
Y acaso despedazan
el gotear de estos versos que intentan recordarlos.

Índice:

Si perdonamos a Dios su crimen contra nosotros,...

Tierra de nadie

I. ESPÁMBAR

Desnudos

Lamentaciones

Conversación con el último turista

La jinetera

Variación con Buscaluz

Amenazas

Volumen de existencia

Balada del cuentapropista

Anquises, el poeta

Acaso cuando nadie

Construyan un templo inmarcesible

Las malvas en el patio

Poesis cotidiana

Trenes en la noche

Para el tiempo, la escritura

Horno divino

Noche de tu cuerpo

II. RELACIONES DE OSAIDA

Epílogo: fotos

III. LAS CRÓNICAS EXTRAÑAS

Un hombre al fin

Circunstancia vital

Sombra dormida de tu cuerpo

La suerte y el poeta

Apostólica

Libro de censo

La levedad y el peso

Hombre ideal

Palabras en mi puerta

Libro después del fuego

Absolutoria

Los primeros capítulos

Exégesis

Contribución a Marcel Schowb

La frecuencia del arte

IV. NIÑOS QUE ESCRIBEN SU DIÁLOGO EN LA ARENA

Como un niño que se esconde de su madre,
Señal de los oficios